

Vida cotidiana y literatura oral en diálogos humanísticos para el aprendizaje de lenguas vulgares *

PALOMA DÍAZ-MAS
Instituto de la Lengua Española.
CSIC. Madrid

Para inaugurar la serie «Textos Recuperados» —que el Instituto Cervantes proyecta publicar en paralelo con su *Anuario*, presentando, en moderna edición filológica y en reproducción facsímil, una serie de textos dedicados a la enseñanza del español en distintas épocas— se han elegido estos *Pleasant and Delightfull Dialogues* o *Diálogos muy apacibles*, publicados por John Minshew en Londres en 1599 y que constituyen, en realidad, el tercer volumen de su amplio método para aprender español integrado por: a) un diccionario español-inglés e inglés-español de casi 400 páginas; b) una gramática española y c) los diálogos que aquí se editan, cuya función en el conjunto era la de aportar ejemplos prácticos del uso de la lengua viva en distintas situaciones. Esto les confiere especial interés no sólo en el aspecto lingüístico, sino en el histórico y antropológico, como veremos más adelante.

El libro que aquí reseñamos se inicia con una «Presentación» (pp. 9-11) de Jon Juaristi, director del Instituto Cervantes, con observaciones sobre la obra y su inserción en el contexto sociohistórico y literario de la época. Le sigue una «Leve introducción a unos diálogos hispano-ingleses» (pp. 13-54) de Jesús Antonio Cid, con una nota de «Criterios de edición» (pp. 55-58) de Miguel Marañón Ripoll y Lola Montero Reguera, coeditores del texto. Y, por fin, el texto castellano de los siete diálogos, pulcra y rigurosamente editado (pp. 59-129); seguido de la reproducción facsimilar del volumen original (pp. 1-68), en el que el texto en español aparece enfrentado a su versión inglesa, ofreciendo al lector la posibilidad de ver cómo se intentaban traducir al inglés, a las alturas de finales del siglo XVI, expresiones coloquiales, refranes y modismos del castellano, algunos de ellos plenamente vigentes hoy y otros caídos ya en desuso.

* *Pleasant and Delightfull Dialogues in Spanish and English, profitable to the learner, and not unpleasant to any other reader [Diálogos familiares muy útiles y provechosos para los que quieren aprender la lengua castellana]*, ed. Jesús Antonio Cid con la colaboración de Miguel Marañón y Lola Montero (Alcalá de Henares: Instituto Cervantes, 2002) (=Textos Recuperados, 1), 129 + 68 pp.

En la «Leve introducción...» de J. A. Cid se analizan algunos de los aspectos de la creación, difusión y recepción de la obra. Empieza con el apartado «La lengua española en Inglaterra. De la Invencible (1588) a John Minsheu (1599)» (pp. 13-18), en que ofrece un estado de la cuestión de los métodos ingleses para aprender español que precedieron al que aquí nos ocupa. Pasa luego a analizar la obra y personalidad de John Minsheu («Minsheu: Scholar or Charlatan?», pp. 18-22) para extenderse después en consideraciones sobre la autoría de los diálogos. Porque parece claro que, aunque el *scholar* inglés elaboró «la traducción inglesa y las notas marginales, precisas y atinadas casi siempre, que añade para aclarar o ilustrar pasajes oscuros para el lector inglés», el texto de los diálogos debió de ser obra de alguien que tenía el español como lengua natural y era, además, excelente escritor y buen conocedor de la literatura de su época. Cid propugna como posible autor al protestante «Antonio del Corro, heterodoxo y gramático» (pp. 22-32), un exiliado del círculo de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, que residió en Inglaterra, donde publicó unas *Reglas gramaticales* para aprender español y francés; y argumenta en contra de la autoría de «Alonso de Baeza, rehén y traductor» (pp. 32-36), que había propuesto en 1956 Gustav Ungerer. Acaba esta introducción exponiendo «La descendencia de los *Pleasant and Delightfull Dialogues*» (pp. 37-54), que fue no sólo larga y amplia, sino también compleja, ya que los diálogos vivieron a lo largo del siglo XVII y hasta las últimas décadas del XVIII varias reediciones y numerosas refundiciones y adaptaciones, reaprovechándose en todo o en parte en métodos dirigidos a público francés (desde que Cesar Oudin los publicase en París en 1608 con el título de *Diálogos muy apazibles, escritos en Lengua Española y traducidos en Francés*) o italiano; especial atención presta Cid a la edición corregida que, con el título *Diálogos familiares muy útiles y provechosos para los que quieren aprender la lengua castellana*, publicó en París en 1619 el también protestante español Juan de Luna, cuyos criterios de adaptación analiza con bastante detalle.

El diálogo es un género de prosa didáctica que surge de las necesidades educativas del Humanismo y, muy concretamente, como práctica estudiantil de lengua latina; pero desde épocas tempranas se aleja del mecanicismo de la mera práctica lingüística y se llena de contenido filosófico, moral y literario: baste recordar que Erasmo expuso algunas de sus tesis fundamentales en sus *Colloquia*, en principio concebidos como prácticas de latín. Los *Pleasant and Delightfull Dialogues* se insertan en esa tradición, si bien aplicándose al estudio de una lengua vulgar. El juego dialéctico, la distribución de papeles de los personajes, las situaciones, responden a esa tradición literaria del diálogo renacentista, que a finales del siglo XVI contaba ya una larga serie de antecedentes en latín y en lenguas vernáculas, entre ellas el castellano.

Pero, por otro lado, los siete diálogos son auténticos cuadros de la vida cotidiana (verdaderos *diálogos familiares*, como los tituló Luna), magníficamente escritos y llenos de vivacidad y gracia. En ellos se presentan situaciones perfectamente habituales, en las que los interlocutores, aunque a veces sean herederos de muy reconocibles precedentes literarios, son también identificables con personajes de la vida real.

Así, en el Diálogo I (pp. 63-71 de la edición) se nos presenta el inicio de un día cualquiera de un caballero: se levanta, pide a su criado de vestir, recibe la visita de un amigo, con el que almuerza, y se marcha a la calle, dejando en casa al criado y al ama. Lo cual da motivo para introducir información sobre el vestido, la decoración de un interior doméstico (ajuar y enseres de la casa) o las comidas y bebidas.

En el Diálogo II (pp. 73-79), un hidalgo y su mujer van de compras. El lector los ve escoger piezas de vajilla de plata para dar lustre a la casa, regatear con el platero sobre el precio de la mercancía, escoger telas caras y complementos indumentarios de lujo en casa de un «joyero».

El Diálogo III (pp. 81-90) describe un convite en casa de un caballero, que invita a cinco amigos; el lector se informa sobre las distintas maneras de componer la mesa (a la italiana, a la francesa, a la inglesa, a la flamenca, a la tudesca y a la española), sobre los manjares y las bebidas, sobre el orden de los alimentos en una comida y las ideas dietéticas de los comensales y sobre los juegos de cartas que alargan la sobremesa.

Otra situación de la vida cotidiana se aborda en el Diálogo IV (pp. 91-100): el viaje. Encontramos aquí cumplida información sobre las características y jaeces de las mulas de camino, sobre las posadas y sobre la forma de entretener el tedio del viaje con cuentecillos, dichos ingeniosos y pullas a otros viajeros que se cruzan en el trayecto (como en pp. 95-96 de la edición).

El Diálogo V (pp. 103-109) trata sobre el servicio doméstico, a través de la conversación entre tres pajes. Los personajes tienen, desde luego, una clara estirpe literaria: uno de ellos sirve a un galán enamorado que tiene muchos puntos de contacto con el ocioso Calisto de *La Celestina*, mientras que escuchando al otro, criado de un hidalgo pobre, resulta imposible no recordar a Lázaro de Tormes sirviendo al hidalgo toledano. Pero esos personajes literarios se basan en una realidad social y a los lectores debían evocarles situaciones de la vida cotidiana, tanto como de la literatura.

También indudable herencia literaria presenta el Diálogo VI (pp. 111-119), entre dos ingleses y dos españoles (éstos, «de Toledo, donde es la prima de la lengua española») que se reúnen en la lonja de Londres. Parecen evidentes los ecos del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, incluso en el número y características de los interlocutores (dos españoles y dos extranjeros,

con distinto nivel de conocimiento de sus respectivas lenguas) o las explicaciones sobre usos lingüísticos del español a petición de los interlocutores extranjeros. En el curso de la conversación encontramos no sólo un compendio de los distintos modos de saludo y tratamiento en España y en Inglaterra, sino curiosos datos sobre el honesto trato entre damas y caballeros (por lo que se ve, los ingleses, a aquellas alturas, ya besaban a las mujeres para saludarlas) o sobre el carácter y costumbres de unos y otros.

Seguramente para quien quisiese aprender una lengua en el siglo XVI resultaba imprescindible conocer el léxico militar, al estar la milicia tan presente en la vida diaria; y, en consecuencia, el Diálogo VII (pp. 121-129) es una conversación entre un sargento, un cabo de escuadra y un soldado, que hablan de los temas de su especialidad (armas defensivas y ofensivas, grados militares, los principales tratados de arte militar) pero también de sus magras pagas y de su auténtica adicción al juego, tan común en todas las clases sociales de los siglos XVI y XVII.

Parece probable que los diálogos fueran escritos específicamente como práctica de lengua, para ilustrar un repertorio de situaciones que cubrieran distintos tipos de léxico y diferentes niveles lingüísticos: el habla de los señores, de los criados, de los mercaderes, de los soldados, de las damas; faltan los clérigos, cosa nada de extrañar si –como parece– la obra se escribió en círculos protestantes españoles y, desde luego, se dirigía en principio a un público anglicano. Fuera quien fuera el autor, es indudable que tenía una pluma ágil, capaz de insuflar vida a unos simples ejercicios de prácticas de idioma, y que poseía un bagaje literario que utiliza con habilidad. Ya hemos señalado los ecos del *Lazarillo* y *Celestina* en el diálogo de los pajes; pero otras situaciones (sobre todo en el Diálogo I) apuntan a una sutil y omnipresente herencia de *Celestina*: no sólo en la mención expresa del pasaje en que «Ahí dice nuestra madre Celestina que está corrupta la letra: que por decir *trece* dixo *tres*» (I p. 68: cfr. *Celestina* auto IX) sino también en la conversación entre amo y criado sobre la hora y el reloj con que se inicia el Diálogo I (p. 62), que evoca el comienzo del auto XII de la obra de Rojas; o en la identificación del criado como *mozo adevino* (también en I p. 62; compárese con *Celestina* auto VI); y hasta en la inserción de muchos refranes que, desde luego, estarían vivos en el habla de la época, pero que significativamente aparecen también en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

Por otra parte, los diálogos aparecen salpicados aquí y allá con alusiones literarias que sin duda estaban vivas en la oralidad de finales del siglo XVI, por muy erudito que fuera su origen; sirvan como ejemplo la referencia a «Alcina, de quien dice Orlando que por engaño traía los hombres a gozar de sus regalos» (III p. 82), que proviene de un episodio del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, evidentemente por transmisión oral, como demuestra el error

de identificar al protagonista de la obra con su autor; o las menciones de Tito Livio (VI p. 114), Bártulo y Baldo (V p. 107) o, en otra línea, del actor Zan Ganassa (I p. 64), introductor de la *commedia dell'Arte* en España. Además de motivos generalmente divulgados, como el caballo de Troya (III p. 83) o el nudo gordiano (en la frase «Tanto monta cortar como desatar, como dixo Alexandre» en III p. 87).

Junto a ellas se insertan elementos de la cultura más tradicional: supersticiones como la creencia de que derramar la sal trae mala suerte (con una alusión a la aristocrática familia de los Mendoza, a los que se tenía por muy supersticiosos) en el diálogo III p. 86; o a las virtudes mágicas de la sogá de ahorcado (tema, por cierto, también celestinesco) que aparece en VII p. 129. Menciones de romances, como «mal año para Lanzarote cuando de Bretaña vino, si era tan bien tratado como nosotros» en V p. 102, que alude al muy conocido romance de *Lanzarote y el orgulloso* («Nunca fuera caballero / de damas tan bien servido / como fuera Lanzarote / cuando de Bretaña vino»), que pocos años después aparecerá también en el *Quijote*. En algún caso se insertan unos versos que se debían cantar, ya que se los califica de «coplilla» (en VII p. 126): «Por la honra pon la vida; / y pon las dos, / honra y vida, por tu Dios».

En un diálogo humanístico no pueden faltar los cuentecillos y facecias, respondiendo al ideal del *vir doctus et facetus*, el hombre culto y de amable conversación, que ilustra su discurso con dichos divertidos; y más en algunas situaciones, como el viaje, para la que se llegó a acuñar la expresión *cuentos de camino* y que se refleja en títulos de compilaciones como el *Sobremesa y alivio de caminantes* de Joan Timoneda.

Encontramos en nuestros siete diálogos un buen puñado de cuentos orales: el de *Mi padre murió súbito* (III p. 85 cfr. M. Chevalier *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1975, K4); el cuento de mentiroso *Cuádre la vuestra merced* (IV pp. 94-95: cfr. Chevalier N2); el de la ventera que ponía carne de rocín por ternera (IV p. 98: Chevalier L2); el del oso que hablaba al oído del viajero que se hizo el muerto (V pp. 106-107: cfr. J. Camarena y M. Chevalier, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español: Cuentos de animales*, Madrid, Gredos, 1997, tipo 179), que aquí se inicia con la fórmula «Cuenta Isopo...»; el ciego y los pescadores (V p. 108); el mozo que le dijo al viejo «bésoos las manos» (VI p. 113); por qué los romanos besaban a sus mujeres (V pp. 113-114); y la cigüeña, rey de las ranas (VII pp. 126-127), que empieza con la fórmula tradicional «En tiempo de Mari Castaña». Hay también alguna anécdota atribuida a un personaje real, como lo que se dice de que «el marqués Chapín Vitelo, italiano» comía siempre olla en casa de labradores ricos (III p. 86).

En otras ocasiones sólo hallamos un dicho o frase hecha que sin duda debió derivar de alguno de esos cuentecillos, cosa frecuente: al freír lo verán

(IV p. 94: cfr. Chevalier antes citado, D1), la mula «que arrastró al cura cuando decía *Dominus providebit*» (IV p. 91), «más vale que agua, como decía la vieja que mojaba el sarmiento en el río y le chupaba» (V p. 104), «uvas de parra, así como así, no las había gana» que evoca la zorra y las uvas (VII p. 122: cfr. Camarena y Chevalier tipo 59), etc. Hay también alusión a algún personaje de cuentos tradicionales, como Pedro de Urdemalas (IV p. 93). Y a veces el cuento ni se narra ni se alude, sino que está en el trasfondo de una situación, como cuando en el diálogo I (p. 64) el señor reprocha al criado: «¡Majadero!, pues el jubón me traes antes que la camisa, ¿quíeresme motejar de azotado?», que se relaciona con el cuento E3 de la ya mencionada antología de Chevalier.

Tal como suele ser frecuente en los textos españoles desde *La Celestina* hasta bien entrado el siglo XVII, los refranes insertos en el discurso son numerosísimos y transmiten la impresión de que esos materiales paremiológicos constituían un elemento fundamental de la comunicación en la lengua de la época. A veces, encontramos un párrafo constituido casi exclusivamente por una serie de refranes (un ejemplo sería, en el diálogo V, la última réplica de p. 108) y otras se contesta a un refrán con otro refrán. Los dichos y sentencias se citan literalmente o se adaptan a las circunstancias, reformulándolos ligera o no tan ligeramente, citándolos de forma abreviada, complementándolos con otros o dejándolos en mera alusión, hasta el punto de que a veces resulta difícil discernirlos en el contexto. No falta, por otra parte, alguna sentencia latina naturalizada como dicho.

La edición de estos diálogos se presenta sin notas ni índices, cosa coherente con el sentido e intención de la serie «Textos recuperados», que no pretende dirigirse al uso de especialistas, sino producir unos libros que —sin merma del rigor filológico e histórico— cumplan la triple función de editar una serie de textos de no fácil acceso, proporcionar documentación histórica sobre temas de lengua (y, especialmente, sobre la enseñanza del español) y hacer el papel de lo que institucionalmente se ha venido a llamar *libro de prestigio*. Como esta reseña sí que se publica en una revista para especialistas, me he atrevido a completar el libro con un índice de refranes, dichos y frases hechas insertos en los diálogos, que tal vez pueda ser útil a los estudiosos. Vaya por delante que soy consciente de que sin duda se me han escapado algunos, porque los dichos y refranes se acomodan con tanta naturalidad en el discurso que es fácil que pasen desapercibidos; el número en romanos remite al diálogo, y el arábigo a la página de la edición (no del fac-símil); respeto la formulación del dicho tal como se encuentra en los textos.

A buen bocado dais buen grito: V:102

A buen comer o mal comer, tres veces se ha de beber: I:68

A buen entendedor, pocas palabras: III:84

- A el freír lo verá: IV:94
A el maestro, cuchillada: IV:93
A la mano de Dios: IV:92
A puerta cerrada el diablo se vuelve: I:69
Adiós, paredes, hasta la vuelta: I:71
¿Adónde irá el buey que no are?: V:104
Al mal uso, quebrarle la pierna: II:75
Allá van rocín y manzanas: VII: 121
Andan ya en seco estos molinos: III:84
Andar por do anda el buey: V:109
Ansí yo os vea arzobispo con mitra de siete palmas: IV:95
Antes ciegue que mal vea: IV:95
Antes mártir que confesor: III:85
Aquí perdí una aguja, aquí la tengo de hallar: VII:129
Asentar el pie llano: V:109
Aunque callo, piedras apaño: III:84
Aunque reluce, no luce: II:78
Cada loco con su tema: I:67
Cada oveja con su pareja: V:103
Cállate y callemos, que sendas nos tenemos: IV:97
Calzas de Villadiego: VII:123
Carnero, vaca y tocino son las tres potencias de la olla: III:86
Castígame mi madre y yo trómposelas: VII:129
Comer hasta enfermar, como dice el refrán, y después ayunar hasta sanar: III:87
Como el asno a la cebada: V:106
Como el diablo se apareció a San Benito: VII:128-129
Como el envidioso, que su cuidado es en lo que no le va ni le viene: I:70
Como el rey con sus alcabalas: I:67
Como monas, amigos de hacer lo que vemos hacer a otros: III:84
Como Pedro por demás : III:87
Con el buen pesebre todo se pasa: V:103
Con salud que tengamos, nunca más nos veamos: II:78
Contra gustos no hay disputa: I:68
Corra el río por do suele: II:75
Creo en Dios, y no en putas viejas: III:86
Cual el tiempo, tal sea el tiento: III:82
Cuando ella nació, ya yo comía pan con corteza: IV:99
Cuando le ganan a el hombre su dinero, le quitan presto de cuidado: III:88
Cuchillo de melonero: probar muchos hasta hallar uno bueno: V:103
Cuenta hecha, mula muerta: IV:99
De agua mansa me libre Dios, que de la brava yo me guardaré: IV:92
De amigo a amigo chinche en el ojo: IV:93
De el cielo cebolla: II:79
De el dicho a el hecho hay gran trecho: II:74
De luengas vías luengas mentiras suelen venir: V:105
De noche, todos los gatos son pardos: II:76
¿De qué se hace la puta vieja? De la puta moza: IV:93
Debaxo el sayal hay ál: V:107

Delicado como judío en viernes: I:66
 Después de ido el conejo viene el consejo: VII:129
 Dios me dé siempre contienda con quien me entienda: III:84
 [Dios me libre] de bellacos en cuadrilla y villanos en gavilla; de moza adivina y de vieja latina; de lodos a el caminar y de larga enfermedad; de párrafo de legista, de infra de canonista, de ecétera de escribanos y de récipe de médico; de razón de diz que, pero y sino, y de sentencia de conque: VII:124
 Dolor de cobdo, dolor de esposo: duele mucho y dura poco: III:82
 Donde las dan, las toman: VII:123
 Donde una puerta se cierra, ciento se abren: II:74
 Dure lo que durare, como cuchar de pan: V:101
 Echar la culpa de el asno a la albarda: VII:128
 El mío murió súpito: III:84
 El oficio de los torneros: engañamuchachos y sacadineros: II:77
 El rey de las ranas: VII:126
 El ruín de Roma, cuando le nombran, luego asoma: I:64
 En casa de músico todos los criados son danzantes: V:102
 En el cielo lo halle colgado de un garabato: III:90
 En ruín hato poco hay que escoger: II:76
 En todas las cosas hay engaño, si no es en la ropa vieja: IV:99
 Es como malilla; que hago de él lo que quiero: I:69
 Escoger como peras en tabaque: II:76
 Escudero, íos a pie: IV:99
 Ese es tu enemigo: el que es de tu oficio: IV:95
 Está una higa en Roma para el que da consejo a quien no se le pide: VII:124
 Estos son los días que debemos meter en casa, como dice el refrán: I:65
 Gran comedor de huevos asados: V:105
 Hacer su agosto: II:77
 Hacienda hecha no da priesa: III:88
 Hará de ella cera y pabilo: IV:92
 Hombre apercebido, medio combatido: VII:125
 Hombre estremado no está un dedo de loco: II:78
 Honra y provecho no caben en un saco: II:75
 Hoy por tí, mañana por mí: VII:123
 Irá un perdido a buscar otro perdido, como un duelo busca otro duelo y una necesidad a otra: V:103
 Iréis por lana y volveréis trasquilados: VII:123
 Irse el día en flores: III:83
 La ayuda de el escarabajo, que deja la carga cuanto le ayudan: II:78
 La caridad bien ordenada comienza de sí mismo: III:89
 [La cuenta] como la del trillo: cada piedra en su agujero: VII:122
 La mujer, estonces es buena cuando está muerta: I:67
 La perdiz se ha de comer entre tres compañeros, para que no haga mal: el hombre, un gato y un perro: III:84
 La puta vieja se hace de seldo y eneldo y de el cagaxón mordeldo y de el polvo de las eras: IV:93
 La variedad agrada: II:73
 Las barbas le sacaré una a una: IV:100

Las mañas de el rey, que a donde no está no le hallan: III:82
Las navidades no se van en balde: I:65
Lo que con los ojos veo, con el dedo lo adivino: II:78
Lo que se ha de empeñar, véndase: III:88
Lo que se usa no se escusa: II:75
Los soldados son profetas de el diablo: CII:123
Mal me quieren mis comadres porque les digo las verdades: IV:99
Mala Pascua os dé Dios y mal San Juan: IV:98
Maldiciones de putas viejas oraciones son de salud: IV:100
Manos beza hombre que querría ver cortadas: VI:113
Más fuerte era Troya y fue destruida: V:102
Más vale que agua, como decía la vieja que mojaba el sarmiento en el río y le chupaba: V:104
Más vieja que Metusalén: VII:122
Medio entre los extremos: III:88
Mentar la sogá en casa del ahorcado: I:64
Mozo de mulas un punto sabe más que el diablo: IV:93
Mozo vergonzoso [...] el diablo le trajo a palacio: VII:127
Muera Marta, y muera harta: VII:123
Ni al tahúr faltó que jugar, ni al goloso que comer, ni al enduredor que endurear, ni al borracho que beber: III:88
Ni mula mohína, ni moza Marina, ni mozo Pedro en casa, ni abad por vecino, ni poyo a la puerta, no es bueno: IV:91
Ni padre, ni madre, ni perro que me ladre: VII:123
No demos de comer a el diablo: IV:98
No hay regla tan general que no tenga ecepción: VII:128
No le haga Dios más mal a Pedro de el que se le alcanza: IV:92
No me pesa a mí de que mi hijo juegue, sino de que se quiere esquitar: III:88
No pare ya mi madre: V:108
No puede ya ser más negro el cuervo que sus alas: VII:124
No sabe leer más de por el libro de su aldea: I:70
Nonada entre dos platos: II:78
O Caesar, o nada: VII:124
O rico pijado, o muerto descalabrado: VII:121
Obra de Milán, veeme y no me tangas: II:76
Oveja que bala, bocado pierde: III:84
Pagar con la misma moneda: III:82
Palabras de buena crianza no obligan: VI:113
Pan y vino anden camino, que no mozo garrido: IV:96
Pares cum paribus facillime congregantur: V:103
Pensar no es saber: V:102
Perder la gana como si me la quitaran con la mano: III:87
Piedra movediza no la cobre moho: V:103
Piensa el ladrón que todos son de su condición: V:102
Pobreza no es vileza: V:103
Poner puertas al campo: II:75
Ponerle en Peralvillo con doce y la maestra: IV:97
Por huir de la llama dar en las brasas: V:103

- Por ir a la iglesia, ni dar cebada, no se pierde jornada: I:68
 Porque quiero del mundo gozar, quiero oír y ver y callar: V:109
 Preso por mil, preso por mil y quinientos, todo es estar preso: VII:121
 Puerco encenagado siempre procura encenagar a otro: V:102
 Quia nemo me conduxit: VI:111
 Quien adelante no mira, atrás se halla: V:108
 Quien dice mal de la yegua, ese la lleva: VII:122
 Quien erra y se enmienda, a Dios se encomienda: VII:129
 Quien ha las hechas, ha las sospechas: I:70
 Quien hizo, hará: V:101
 Quien las sabe, las tañe: I:70
 Quien no es más que otro, no merece más que otro: V:108
 Quien no sabe, no vale: V:108
 Quien nunca subió no puede caer: VI:118
 Quien ruin es en su villa, ruin es en Sevilla: V:108
 Quien se mude, Dios le ayude: V:104
 Quien todo lo quiere, todo lo pierde: VII:129
 Quitado se ha el gato la ropa de la hipocrasía: IV:100
 Quitarle a uno algo de la boca: III:84
 Relucen y no es oro todo: II:78
 Roe bien esos granzones: V:106
 Secar como palo en sarmentera: V:103
 Ser gruesa de hilaza: III:87
 Si el ladrón anda con el ermitaño, o el ladrón será ermitaño, o el ermitaño ladrón:
 V:102
 Si el pedir fuera dar: II:74
 Si ella es traidora, yo soy alevoso: IV:91 [eco de «a un traidor, dos alevosos»]
 Si no hago lo que veo, todo me meo: III:84
 Si quieres tener dineros, tenellos: VII:124
 Si todos los asnos truxeran albardas, qué buen oficio era el de los albarderos: V:106
 Siempre es virtud saber: I:70
 Siete y llevar: VII:128
 Sobre buen cimiento, buen edificio se hace: III:84
 Sobre buen haz de paja: IV:100
 Soy como el cuclillo, que no canto bien hasta que tengo el estómago lleno: III:85
 Su alma en su palma: III:82
 Tal día hizo un año: VII:123
 También murió mi agüelo: VII:123
 Tan bien entiendo yo de eso como puerca de freno: I:70
 Tantas opiniones hay como cabezas: II:73
 Tanto monta cortar como desatar, como dixo Alexandre: III:87
 Tardar más en componerse que una novia: IV:92
 Tener más piezas que un juego de mastre coral: III:83
 Topado ha Sancho con su rocino: IV:91
 Toser más que en sermón de Cuaresma: III:84
 Tres cosas que Ganasa decía que el hombre busca con gran cuidado [el punto en
 las medias, una suciedad en la cama y los cuernos, si su mujer se los pone]:
 I.64

- Tripas llevan a pies, que no pies a tripas, como dice el vizcaíno: IV:96
Tu padre cenó carnero asado y acostóse y murióse; pues no preguntes de qué murió: VI:118 [manera de decir común en España]
Un clavo saca otro: VII:128
Un semijante busca a otro: V:103
Una buena mula y una buena cabra y una buena mujer son tres malas cucas: I:67
Una buena obra se paga con una mala: VII:124
Una mano lava otra, y entrambas la cara: VII:128
Uvas de parra, así como así, no las había gana: VII:122
Vale más páxaro en mano que buitre volando: II:74
Vale más solo que mal acompañado: I:66
Verdades apuradas son necedades: III:87
Vulcano ni Venus sin Ceres y Baco no valen un caco: VI:115
¡Xó, que te estriego!: V:105
Yerros por amores, dignos son de perdonar: IV:97